

## Cultura y práctica política

*Rolando Cordera Campos\**

**G**racias, Patricia, por la invitación a estar aquí, en el Archivo General de la Nación.

Siempre que vengo a este lugar, recuerdo los tiempos negros que lo antecedieron, porque es realmente una muestra plástica y gráfica de la genialidad política mexicana el haber transformado una prisión en archivo. Eso es algo que celebro cada vez que vengo.

Voy a dividir mi participación básicamente en tres partes. En la primera haré unos rápidos comentarios a lo sugerido por Federico con relación a nuestra visión de la historia.

Creo que hoy es muy pertinente plantearnos la necesidad de retomar la historia como un tema fundamental de la política del presente y, desde luego, del futuro. Máxime si se considera que hemos empezado a dejar de lado

---

\* Director de *Nexos TV*.

*Rolando Cordera Campos*

esta especie de imagen reverencial del pasado mexicano, y asumimos la necesidad de ajustar cuentas con esto que conocemos como la historia nacional.

Aunque en principio no comparto las ideas de algunos amigos y colegas, quienes quieren arrasar con la idea misma de historia patria, porque no estoy muy seguro de que ese empeño nos lleve muy lejos, aunque sí creo que vivimos un tiempo de revisionismo, particularmente histórico, el cual debemos aprovechar. Una revisión que ojalá no nos sirva para caer en lo que hizo la historia oficial: justificar una manera de ejercer el poder, ahora un nuevo ejercicio del poder, y a los nuevos poderosos.

Cuando se ven ciertas muestras iniciales de este revisionismo histórico, se tiene la tentación de desecharlas porque hay entusiasmo en la representación, por ejemplo, del Porfiriato (no de Porfirio Díaz, sino del régimen), que entonces uno, educado en la historia patria oficial laica, nacionalista, plebeya, piensa que la intención es reubicar los momentos históricos, de tal suerte que podamos sostener que, después de todo, el Porfiriato no estuvo tan mal.

Quizá se trate de los primeros intentos de un revisionismo que a mí, no obstante, me parece importantísimo, entre otras cosas, por lo que ha dicho Federico: no podemos seguir atados a la historia como si fuera un fardo. Tenemos que verla como instrumento ilustrativo del presente, y como punto referencial obligado de los futuros distintos que imaginemos y que queramos construir.

Hace relativamente poco tiempo, un amigo politólogo me decía que sus estudiantes le reclamaban que se siguiera hablando del movimiento de 1968 como presente, y otra amiga, que es muy buena historiadora, apuntó que quizá seguimos hablando del “68” como presente, porque aquello que estuvo en el centro en ese momento no se ha resuelto, y hasta en tanto no se resuelva, intelectual, política y judicialmente, seguiremos hablando en presente.

Creo que ya empezamos a resolver lo que el “68” puso en el centro: una muy mala manera de gobernar, de entender a la sociedad contemporánea por parte de las autoridades y, por tanto, la necesidad de cambiar la forma de gobierno en un sentido democrático, que en ese entonces se manifestaba básicamente como reclamo participativo. La clave era abrir los cauces de la

participación política, asegurar la libertad política y entrar así en una nueva manera de hacer la política y de disputar el poder.

Es cierto que tardamos mucho como sociedad, y tardó mucho el Estado, en asumir plenamente la problemática planteada en ese tiempo de manera —digamos— muy elemental. Sin embargo, ahora estamos en un terreno en el que el “68” va a ser historia, y empezamos a vivir los muy difíciles tiempos de la construcción de la democracia.

En ese sentido, quiero recalcar la idea planteada por Federico, acerca de que la nueva cultura tiene que partir, con el mayor rigor y la mayor seriedad —algo que todavía está por verse—, de un cuestionamiento de fondo de la mitología histórica oficial; reflexión que tiene que hacerse y tendrán que hacer nuestros profesionales de la historia, y en general la intelectualidad y, aunque suene demasiado pesado para ellos, nuestros políticos. Quienes, de cualquier partido que sean, no pueden seguir jugando con la historia; ahí —espero— los medios y la crítica cotidiana tendrán que reclamarles.

Por mi parte, espero que logrado este gran salto normalizador de la política en clave democrática, que se dio el 6 de julio y que sólo espera la consagración oficial con la instalación de la Legislatura, en el cambio de poderes en la Ciudad de México y en otros estados de la República, entremos en una discusión seria y responsable de los asuntos de fondo del país, que han estado resolviéndose en los últimos años de una manera abusiva, echándole la culpa al pasado inmediato y al gobernante anterior. Culpas tuvo, pero no puede ser la razón que nos explique lo que nos pasa, porque es el peor uso que podemos hacer de la historia, sobre todo de la inmediata.

Decía Paul Sweezy, quien no era historiador pero sí un muy buen economista marxista, que había que hacer un gran esfuerzo por entender el presente como historia; lo que Federico nos propone es que no vivamos el presente como historia pasada; finalmente, el desafío que tiene cualquier sociedad es saber cambiar, adecuarse al mundo, reconocer sus fuerzas y debilidades, así como sus consecuencias e inconsecuencias. Si no queremos que la sociedad se deshaga, tenemos que tener la más racional e inteligente idea de lo que es la historia, de lo que es el pasado, de donde venimos, y eso es un ejercicio que se tendrá que hacer de la manera más eficaz posible, porque, y voy ahora a mi segundo comentario, la política va a mandar.

*Rolando Cordera Campos*

Quisiera poder decir: ya tenemos elecciones limpias y creíbles, ahora que se encarguen los políticos. Pero no es así, porque los reclamos son muchos, las expectativas son más y las desigualdades, desafortunadamente, crecieron de una manera acentuadísima en los últimos años. Desigualdades que quizá tienen que ver con el mundo rural en parte, pero que desafortunadamente se encuentran aquí, en las ciudades; son —digamos— desigualdades de los modernos. El que soporta, sufre y percibe la desigualdad, no es sólo, ni principalmente, el campesino, sino el habitante de las ciudades medianas y grandes de México.

La desigualdad es un tema que, una vez que se vuelve actual, marca a las sociedades, las arrincona y les plantea exigencias frente a las cuales no siempre se está a la altura, y las lleva o bien a intentar saltos hacia adelante, de los que no se cae bien, o a largos momentos de terrible simulación y ofuscación del presente como historia, como nos ocurrió a nosotros.

El salto en el vacío lo dieron los rusos, nosotros por fortuna no, pero entramos en una muy larga época de simulación, que no fue sólo —lo dijo Federico— la de los grupos dirigentes, sino de la sociedad respecto de sí misma. De otra manera no se entiende a Fidel Velázquez. Pero eso hay que explicarlo social y psicológicamente, porque de otra manera sí seríamos demasiado peculiares, algo que no creo. Lo que pasa es que tenemos mucho tiempo ya en una situación de simulación muy compleja, la cual tiene que ver con el conjunto de la sociedad.

Por eso insisto en la idea de transición. Sociológica y económicamente, no hay duda de que México entró en un proceso muy complejo de cambio desde los años setenta; se puede demostrar fácilmente desde el punto de vista demográfico, de los estratos sociales, de las composiciones de la población y de la estructura económica misma. Pero políticamente también se puede demostrar que México estaba en un cambio político, y cambió.

El 6 de julio, no fue un gran acto aislado en la historia, sino la expresión clara, contundente, enormemente civilizada, de que había cambiado el modo de entender la política por parte de una gran cantidad de mexicanos y la manera de hacer política por parte de quienes se quieren convertir en actores constituidos: los partidos.

Las dos cosas cambiaron. No lo hicieron al mismo tiempo, pero el 6 de julio hubo una especie de encuentro: ahora tenemos partidos, propiamente dichos, y tenemos ciudadanos que reclaman y participan y eligen a sus representantes.

Esto ya lo habían hecho los mexicanos en 1994, aunque en circunstancias extraordinarias —porque teníamos enfrente un movimiento armado y un asesinato político de gran envergadura— y lo hicimos de nuevo en 1997 en circunstancias no extraordinarias, aunque social y económicamente muy difíciles. Y fuimos y votamos y no pasó mayor cosa.

Empero, y con esto voy a la tercera parte de mi intervención, ¿qué pasó el 6 de julio? Sucedieron muchas cosas, pero trataré de destacar algunas que me parece tienen sentido histórico y se relacionan con el título general de nuestra sesión de hoy que es “Cultura y práctica política”.

1. Se confirmó institucionalmente la pluralidad política. El 6 de julio se confirmó algo por lo que muchos hacíamos discurso, pugnábamos, peleábamos, y de repente México es un país políticamente plural. No es una hipótesis de trabajo ni una petición de principio, tampoco un reclamo a la autoridad: una Cámara de Diputados partida en tres y un país gobernado por tres, territorialmente hablando, en un acto que parece mágico, pero es la expresión de una acumulación complicada, dura y hasta cruenta.

Eso me parece que es el primer hecho formidable que “hará” historia. Estamos viviendo un momento que llaman epocal, para bien y para mal, porque no tenemos todo lo que necesitamos para transitarlo, pero lo que sí es un hecho es que el ejercicio del poder tendrá que ser distinto.

2. El PRI perdió, cuestión que también se dice fácil porque, efectivamente, en una democracia unos pierden y otros ganan, y así sucesivamente, sólo que aquí no perdía el PRI, lo cual es un rasgo importante de la historia política moderna de México.

El PRI perdió tres cosas: una, ya conocida, gubernaturas; también la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y la Ciudad de México; los nichos rituales del poder presidencialista mexicano. Los ecos de ese poder autoritario eran la Ciudad de México y la Cámara de Diputados, y se perdieron con las implicaciones políticas que habrá que examinar.

*Rolando Cordera Campos*

3. En términos coyunturales, hay un crecimiento notable en votos del partido “más opositor” de la época moderna, el PRD, aunque ese crecimiento, al tiempo que notable, es muy concentrado, se ubica en lo que alguna vez llamamos, en nuestra revista *Nexos*, “la cuenca cardenista”. Aunque de repente tiene expresión en lugares inesperados, como lo vimos en Sonora.

Junto con esto, es importante anotar que hay también una especie de *desparrame* panista, y esto es importante porque logramos lo que nadie hubiera pensado: volver la política nacional política local.

Dos ejemplos. Durante la pasada elección, los noticieros presentaban a Cuauhtémoc, Castillo y Del Mazo, los candidatos a gobernadores casi nunca aparecían, qué decir de los candidatos a diputados y senadores. Me refiero a un medio: la televisión, de alcance nacional, fenómeno que fue advertido por encuestadores que relatan, como ejemplo, que en la sierra de Sonora le preguntaron a un campesino que por quién iba a votar, y respondió que por Cuauhtémoc Cárdenas.

Sin embargo, es un error creer que lo que pasó en el Distrito Federal se reflejó en todos lados, no fue así. El PAN, que no se olvide, gobierna el cinturón económico y demográfico de la República; gobierna dos de los estados más importantes desde el punto de vista económico y financiero, Jalisco y Nuevo León, y entre esos estados no hay solución de continuidad: todo es PAN. Y por otro lado, donde había ganado el PAN, siguió ganando.

Entonces, estamos frente a una situación realmente inédita, que es como un reto a la historia y a su uso. Todos nos hemos referido a Madero y otros incluso a la República Restaurada; en principio está bien, pero no tiene mucho que ver con lo que está pasando actualmente en México, salvo quizá de manera muy profunda. Para bien y para mal se está constituyendo de otra manera el poder en México.

Creo que la transición electoral está hecha. Habrá, como pasa en todos lados, proyectos distintos para modificar la normativa electoral. Pero la transición electoral está hecha. Tuvimos elecciones creíbles y una autoridad que se implantó, no sólo porque no depende del gobierno, sino porque fue eficiente.

Sin embargo, la transición política no está hecha. Porque hay una agenda de reforma democrática del Estado que tenemos que hacer, y el cual

tiene que ver con la organización del Congreso (increíble Congreso, donde todo se resuelve en la Asamblea y muy poco en las comisiones) y también con las relaciones Ejecutivo-Legislativo y el gran hoyo negro que es el problema judicial.

Sin resolver eso, no tendremos una democracia potable. Y el peligro es que se pueda volver epidérmica, y lo peor, efímera. Si no se avanza, y pronto, en la reestructuración del Congreso, y la sociedad no asume plenamente que necesita una administración de la justicia a la altura de su edad, lo que implica muchas cosas, no tendremos el cuadro completo de un México moderno y democrático.

Tenemos mucho que hacer todavía en términos de construir la democracia. Se acabó el Estado omnirresponsable, el hombre fuerte que resolvía en última instancia las controversias y disputas: el presidente. Eso se acabó. Llegó el momento de la exigencia cívica y de la responsabilidad política, y éste es el tiempo que vamos a empezar a vivir.